

La vida

es la protagonista.

Leonardo Palacios

Me han pedido seis mil caracteres para hablar de mi respeto por la poesía de **Rafael Cadenas**. Seis mil caracteres. ¿No será mucho? ¿O acaso es un traje demasiado ceñido? ¿Cuántas frases debo intentar para desgranar lo que me ha sucedido como lector ante la obra entera de **Cadenas**? ¿No bastaría con una sola palabra? Si intento otra manera, podría incurrir en desmanes retóricos o en énfasis inapropiados. Pero temo algo más opaco: pecar de sobrio. En todo caso, el pedimento me importa porque se trata de volver a transitar la textura verbal de un autor que me ha generado -junto con varias generaciones de lectores- una experiencia reveladora. La poesía de **Rafael Cadenas** no pasa impune- mente por los ojos de quien la consume. ¿No es esa la consecuencia primera de toda gran poesía? La suya tiene el don de remover arena humana allí donde muchas veces evitamos detenernos y de esclarecer el camino hacia certidumbres mayores y, por lo tanto, perturbadoras. Es incuestionable: la poesía venezolana necesitaba los manuscritos de este ciudadano tan suficientemente herido y atraído por la vida. Creo que no es vano afirmar que si no existiera la obra de **Cadenas** nuestro mapa literario tendría un rincón oscuro, un salto en el tejido, una laguna insalvable. No seríamos los mismos lectores que hoy somos sin habernos asomado a ese discurso que sólo propone una ambición: recuperar la nitidez de ser humanos. De eso se trata cualquiera de sus títulos. A eso apuntan **Los cuadernos del des-**

tierro, Falsas maniobras, Memorial o Gestiones (por nombrar un puñado). **Cadenas** -su poesía, sus ensayos, sus *jirones*- ha insistido en una obsesión: reconciliarse con el acto mismo de estar vivos. No es una hipótesis mía. Lo ha dicho con todas sus letras: «el hombre ha perdido la poética del vivir». Y en muchas ocasiones se empina un poco más: «Vivir en el misterio: frase redundante». A veces, cuando asume el tono del aforismo, pareciera que busca convencernos. Pero no se trata del sabio que pontifica, al contrario, es el derrotado que desgrana sus únicas dos o tres frases posibles con la boca llena de espinas. El lo ha expresado sin neblina alguna: «la vida es la protagonista», no el hombre, ni su obra, y mucho menos sus ideas. Las palabras simplemente pueden servirnos para labrar el camino que nos devuelva a nosotros mismos. Es justo por eso, por esa premisa conceptual, que su poesía, para abolir el yo, se afana en el yo; es por eso que su persona esquivo la luz de los cenitales y su sombra niega el aplauso. ¿Cómo consentir un halago o alguna conclusión si aún estoy perdido dentro del mundo?, parecieran decir sus páginas, con cierto pudor.

A **Cadenas** hay que leerlo dos veces en la vida: en la juventud y en la soledad (las otras diez veces son consecuencia, maravilla y devoción). La primera lectura nos regala una complicidad: son las palabras que a cualquiera de nosotros, seres corroídos por el temor, tipos sin brújula y sin ganas de tenerla, perfectos irresponsables, botaratas afectivos, hijos del desasosiego, nos hubiera gustado escribir ante la requisitoria de estar vivos, ante la prueba, ardua siempre, de respirar. La segunda lectura nos otorga una revelación: el sitio donde realmente se hospeda el misterio. Y entonces su poesía adquiere estatura filosófica, esto es, se hace más poesía aún.

Cadenas ha sido quizás, de todos nuestros poetas, el que ha construido con mayor tenacidad un cuerpo reflexivo, no sólo desde libros como **Anotaciones** (un enjambre de fragmentos exquisitos y luminosos), **Realidad y Literatura**, o **Apuntes sobre San Juan de la Cruz y la mística**, sino desde cualquiera de sus poemas. Su poesía es una forma del pensamiento. O para decirlo de una manera brusca: es un poeta que no busca deslumbrar sino revelar. Sus páginas son la persecución de una ética del vivir. Desde el desarraigo, desde la acera de los desahuciados, con las manos ateridas de frío y en una áspera intemperie no ha hecho otra cosa que interrogarse (e interrogarnos) sobre el hecho «nimio» de estar vivo. **Cadenas** es un antihéroe, como lo somos casi todos los ciudadanos con cédula de identidad y tristeza en los ojos. El se explora, se suprime, se recoge, se abstiene. Con ese talante de burlado, con esa mirada de tardío, de perplejo e inocente. Con sus lí-

neas que hablan de torpes intentos, de tanta inutilidad para el destello, del fracaso como rutina, de jornadas de borrasca y desazón. **Cadenas** ha asumido una travesía a través de sus propios huesos para encontrarse con una rotunda certidumbre: «*Ser viviente*. Es un modo de estar al que no se accede sin trabajo, un temple que cuesta». Y tiene una sola valija en el viaje: el idioma. Es su crudo y lujoso instrumento. Para él lo cotidiano es el texto real del misterio, la respiración es una noticia insoslayable. Y en ese sentido el poema se convierte en un medio para develar el sentido de las cosas. Por eso, su poesía es cada vez más magra, más despojada. Importa más su decir que su música. No apela a la trampa de la ambigüedad (muy socorrida en innumerables poetas), o a las consabidas cabriolas del lenguaje. Mientras más desnudo sea el verbo, más cercano a la verdad. Sus poemas son, no otra cosa, sino apuntes sobre la realidad. Y la realidad es la que nos debe maravillar. Muchas veces escamoteamos esta idea, nos alejamos de ella, nos buscamos en lo oculto. Pero la poesía de **Cadenas**, por el contrario, nos devuelve al sentido original de la experiencia.

Quizás estoy derramando agua sobre el agua. Los lectores de poesía de esta comarca sabemos muy bien cuán decisivos son los libros de **Rafael Cadenas**. Sabemos que hay muchos poetas en este país, buenos y malos, pero son pocos los imprescindibles. Estamos, quién lo duda, ante uno de ellos. Y digámoslo: la mejor manera de celebrar a un poeta es leerlo con afán, deteniéndose en sus rincones, colocando la mirada donde él, en el poema, logró hacerlo, calcar el instante, y así, entenderlo, descubrirlo. En un país signado por la incertidumbre, balanceándonos entre la zozobra y la vigilia, quizás valga la pena recuperar la voz de nuestros grandes poetas. Y yo sugiero hoy a **Rafael Cadenas**, no como el único, pero sí como alguien que nos puede acompañar a reconciliarnos con el compromiso de estar vivos. En su poesía no triunfa la belleza, sino la verdad. Y últimamente nos está haciendo falta mucha verdad. Una exigencia más ardua con el rostro que nos devuelve el espejo. Un compromiso mayor con el amanecer.

Leonardo Padrón. Poeta

La palabra no es el sitio del resplandor, pero insistimos, insistimos, nadie sabe por qué.

De *Memorial*, 1977

